

**UN CIENTÍFICO-ESCRITOR:  
APROXIMACIÓN A LA OBRA DE  
JESÚS FERNANDO ESCANERO**

**Mabel Susana Agresti**

UNCuyo

magresti@sinectis.com.ar

**Resumen**

*En este trabajo se analizan por primera vez dos libros del médico y escritor zaragozano Jesús Fernando Escanero: “El desván de las nubes” y “Belén inacabado”. Relatos autobiográficos de ficción, ambos recuperan en imágenes el mundo ya ido en una prosa lírica de inusitada belleza.*

Palabras clave: relatos autobiográficos de ficción – recuperación del pasado – prosa lírica.

**Title:** A Scientist-Writer: An Approach to the Work of Jesús Fernando Escanero

**Abstract**

*This research analyses for the first time two books by Jesús Fernando Escanero, doctor and writer from Zaragoza: “El desván de las nubes” and “Belén inacabado”. Both autobiographical fictional texts recover the images of bygone moments through a lyric prose of unusual beauty.*

Key words: autobiographical fictional texts – recovery of the past – lyric prose.

Nacido en Leciñena (Zaragoza), Jesús Fernando Escanero es actualmente catedrático de Fisiología en la Universidad de Zaragoza. Como científico, ha publicado numerosos trabajos de su especialidad en libros y revistas internacionales. Pero además hay en él una faceta poco común en un médico: la capacidad de crear mundos

mediante la imaginación. Entre sus libros, puedo mencionar tres en prosa *El desván de las nubes* (1997), *Belén inacabado* (1998) y *El jardín de los números* (1999); además un poemario, del 2006, cuya novedad se advierte desde el título y subtítulo: *Cuasi-poemas; Para-lelos*.

Los tres libros en prosa que conozco de Jesús Escanero están escritos en una prosa lírica, es decir, concebidos desde la emoción –recuperada por el recuerdo– de profundas experiencias de vida. De los tres, voy a comentar *El desván de las nubes* y *Belén inacabado*.

Si tuviera que describir la reacción que experimenté ante ambas obras, tanto en la lectura ingenua como en la crítica, diría que fue la del deslumbramiento ante la inusitada belleza de una palabra que –desde la mirada adulta del hombre– recupera en imágenes el pasado. Al hacerlo, transforma sus vivencias con una actitud lúdica que permite calificarlas, desde el punto de vista genérico, como relatos autobiográficos de ficción.

### ***El desván de las nubes***

*El desván de las nubes* recrea los recuerdos de infancia del autor, vertebrados por la presencia de una figura decisiva en su vida, la del abuelo. Desde el punto de vista discursivo, la obra se construye a partir del diálogo imaginario del narrador adulto con el abuelo, que ya ha muerto. Organizada de modo circular, se abre y se cierra con un elemento disparador de los recuerdos: el viejo sillón donde realmente se sentaba el abuelo y que –en el presente de la escritura– se transforma en el medio para comenzar a transitar por el camino del tiempo ya ido:

*“¿No habéis ido nunca hacia atrás, como el cangrejo; hacia un tiempo vivido y olvidado, hacia las cosas perdidas? ¿No habéis ido nunca hacia atrás sorprendiéndoos con las cosas encontradas en cada recodo del camino?”*

*(...) Hoy, cuando en el desordenado desván donde se almacenan los destartados cachivaches me encontré un sillón, el viejo sillón del abuelo, lleno de polvo y de telas de araña, me dio un vuelco el corazón (...) Me senté como tantas veces lo había hecho el abuelo (...) Pronto sentí un calorillo íntimo y adormecedor que me cerraba los párpados, calaba hondo y... empecé a caminar hacia atrás”<sup>1</sup>.*

Conversando con el autor, pude confirmar el carácter esencialmente lúdico- aunque no por eso menos lírico- de esta escritura. "Lo único cierto [me explicó Jesús Escanero] es la profunda unión que yo tenía con mi abuelo"<sup>2</sup>; esa unión es el origen de las hondas enseñanzas de vida que jalonan el libro, pero tanto un supuesto manuscrito del que habría nacido el texto a manera de hipertexto como el juego de poner nombres a las nubes – que justifica el título y la organización de lo narrado- son ficticios y solo constituyen el modo elegido por el autor para organizar los recuerdos.

Sin embargo, para el lector inadvertido, el libro nace de la reescritura, en la edad adulta, de

*“(...) una carpeta de tapas envejecidas, de color azul descolorido, atada con cuerdas y llena de papeles escritos a plumilla con letra imprecisa e infantil, muchas correcciones y algún que otro borrón [que] en la primera hoja, con letras grandotas, tenía escrito el título: “EL DESVÁN DE LAS NUBES”<sup>3</sup> (p. 17. El agregado es mío).*

---

<sup>1</sup> Escanero, Jesús F. (1997). *El desván de las nubes*. Prólogo de Alfonso Ussía. Zaragoza: Egido Editorial, 17 (en cursiva en el original). En adelante, citaré por esta edición.

<sup>2</sup> Las declaraciones del autor corresponden a una conversación que mantuvimos el 30 de octubre de 2009, con motivo de la presentación (a mi cargo) de su obra en el marco del Iº Congreso Internacional de Neurociencias y Docencia Médica, realizado en Mendoza (Facultad de Medicina, Universidad Nacional de Cuyo).

<sup>3</sup> En cursiva y mayúsculas en el original.

Como vemos, el autor acude aquí al recurso del manuscrito, de ilustre tradición literaria. Pero además Jesús Escanero organiza sus vivencias infantiles en el molde, por llamarlo de alguna manera, de las nubes características de cada estación en su Leciñena natal; describe su forma y les inventa nombres en el tiempo de la escritura del texto que, sin embargo, parecen vistas y nombradas en la infancia en una suerte de complicidad con el abuelo.

Y las nubes vividas en la infancia y recordadas o contempladas nuevamente en la edad adulta se resemantizan porque son vistas desde la perspectiva del niño que parece caminar el mundo de la mano del abuelo-poeta, del abuelo-mariscal, del abuelo-vaquero del oeste, del abuelo-torero de mil destinos, como lo llama el narrador. Desde la perspectiva de la vida vivida, el autor-narrador comprende en profundidad la sabiduría con que el abuelo construía para él una colección de sueños que la escritura revive en un diálogo imaginario con el único interlocutor posible, presente en los apelativos que formulan el niño y el adulto fusionados en el recuerdo: “¿Te acuerdas, abuelo?”; “¿Cómo te lo diría, abuelo?” (pp. 33, 57 y 88).

Hacia el final del libro, una pregunta del escritor-niño (que es todos los niños) al abuelo (real o imaginario): “-¿Cuándo harán sillones de abuelo para los nietos?” (p.123) y una última página titulada *Volviendo a empezar* marcan la continuidad de la vida en los nietos de otros abuelos que repiten con ellos el juego de inventar nubes con nombres y, en la repetición lúdica, atemperan el dolor ante lo irrecuperable:

*“Y un día ves que alguien (...) te propone un juego:*

*-Nos inventamos nubes y tenemos un secreto (...) Venga, abuelo, vamos... -y se te escapan dos lágrimas como dos estrellas brillantes del renacer o de la nostalgia y haciendo acopio de las fuerzas todas del universo elevas la voz para*

*que no tiemble por la emoción y agarrándote fuerte a los posabrazos del sillón VAMOS –dices, a unos ojos de almendra atónitos, todos resolución.*

*Y el paisaje comienza a dibujar, otra vez, estaciones conocidas”<sup>4</sup> (p.142).*

Así se cierra *El desván de las nubes*: con el milagro de la vida que se renueva en nuevos nietos que tejen ilusiones con nuevos abuelos, con el milagro de la vida que cada año renueva el tiempo de las cuatro estaciones.

Este tiempo, el que se mide por el paso de las estaciones, es el que organiza la aprehensión del mundo en aquel niño que, al reformularlo desde la adultez, aquilata en su justa medida los consejos de vida que el abuelo le grababa en la conciencia y lo hace valiéndose del juego de la fantasía y de la fuerza de las imágenes.

#### VERANO

*“¿En el verano hay nubes?*

*Deja que piense. A veces sí, a veces no.*

*¿Y a qué saben?*

*A lo que sabe el verano, a polo de fresa, a cono de vainilla con hierbabuena y a tarrina de helado con nueces de macadamia (...)<sup>5</sup>.*

Las nubes del verano son las de las vacaciones en Leciñena, en el campo zaragozano, cuando el niño compartía con su abuelo las faenas de la viña y de la trilla. Entonces, la *nube cama* aparece en el poniente y la *nube sombrilla* en el pleasol; la *nube farola* se prende en el ocaso y la *nube tul* ilumina tenuemente el amanecer; la *nube cisterna* anuncia tormentas y la *nube autobús*, el tiempo

---

<sup>4</sup> En cursiva en el original.

<sup>5</sup> En cursiva en el original.

rápido de la ciudad y la visita al circo y a la feria; la *nube biblioteca*, en fin, condensa las enseñanzas del abuelo.

Dos ejemplos: al imaginar *la nube tul*, el narrador muestra cómo el niño aprende a valorar lo minúsculo:

*“Amanecía tarde (...). Eran aquellos días que en el levante aparecían las nubes-tul y retrasaban un tiempo la salida del sol. Las nubes-tul parecían hechas con tiralíneas, por lo demás eran menudas, lenes, leves, sutiles y homogéneas. Adelantaban e izaban el horizonte tímidamente, cubriendo el sol mientras calentaba motores.*

*(...) Los días de las nubes-tul los saltamontes andaban mohínos y volaban corto y ruidosamente, las mariposas dibujando garabatos, trayectorias de sueños, sobre las espigas retrasaban su visita y las hormigas voladoras venían solitarias en busca de un destino en que perder sus alas” (pp. 29–30).*

Con la *nube-cisterna* (“(...) devoradora del azul y con ruido y fuego en sus entrañas”, p.37) se introduce el pensamiento mágico del niño atemorizado por la tormenta eléctrica y encauzado por el abuelo que le enseña a confiar en Dios: “Más serio que nunca me hablaste de la confianza / providencia / esperanza / temor / temblor / tambor / confianza / confianza / confianza en Dios (...)” (p. 38).

## OTOÑO

*“¿En el otoño hay nubes?*

*Deja que piense. A veces sí, a veces no, casi siempre sí.*

*¿Y a qué saben?*

*A lo que sabe el otoño: a buñuelo y hueso de santo, a castaña caliente y bufanda familiar, a canela y mistela, a aguardiente de hierbas y ron quemado (...).<sup>6</sup> (p. 51)*

Las nubes del otoño son las *corredoras* “acompañadas de una ventolera espantosa” (p.53) en la que el niño-avión hacía girar sus brazos-alas mientras el abuelo vigilaba desde la torre-control de su aeropuerto; o son aquellas que, en el azul intenso del cielo,

*“(...) cambiaban constantemente de disposición y abrían nuevos huecos, cerraban otros, se amontonaban sin más. A estas nubes las bautizamos con el nombre de nubes-tela rota, ¿te acuerdas, abuelo?” (p.57).*

En esta peculiar geografía del amor, las nubes se asocian también con las aventuras que pueblan el mundo de la infancia; así, las *nubes-mar* de los días nublados quedan fijadas en el recuerdo de aquella vez en que el abuelo –montado en su bicicleta como “el Cid sobre Babieca volviendo de la última victoria” (p.62)– se estrelló contra Platero, el mulo dócil y viejo. La *nube-castillo*, en cambio, es la que recuerda el día en que Félix, uno de sus amigos, apedreó y rompió los cristales de la escuela; la *nube-dorondonera* (toda hecha de niebla) es la de la caída de Joaquín desde el olivo al que se había trepado.

## INVIERNO

*¿En el invierno hay nubes?*

*Deja que piense. A veces sí, a veces no.*

*¿Y a qué saben?*

---

<sup>6</sup> En cursiva en el original.

*A lo que sabe el invierno: a estufa y patata caliente, a turrón y confeti, a juguete y belén, a nieve y campana (...)*<sup>7</sup> (p.81).

Las nubes del invierno son las *nube-surtidor*, que

*“(...) muchas veces lloraban porque, sin cesar, iban y venían cargadas de agua sin saber a dónde llorar su desorientación y lloraban fino, como expiando culpas, durante mucho tiempo”* (p. 83).

Motivo lírico por excelencia, la lluvia es un modo recurrente elegido por los poetas para ir hacia atrás en los tiempos individuales que la lluvia recupera para el recuerdo personal e intransferible. En Jesús Escanero, el recuerdo de lo entrañable se dice desde el plural del nieto y el abuelo:

*“Prendidos del chapoteo de la lluvia y hechizados de su caer monótono, nos quedábamos absortos, durante largo tiempo, viendo mojarse el suelo del corral a través de los cálidos cristales de la ventana de la cocina o del corredor”* (p. 83).

En la ficción fuertemente elaborada del aprendizaje del mundo a través del juego de las nubes, ocupa un lugar particularmente importante la *nube-mensajera* (“por lo que tenía de misterio y aventura, de paloma y cuento chino”. p.87). Esta es la nube a la que en el juego de la escritura se le asigna la función de llevar los mensajes más inusitados y también más profundos:

---

<sup>7</sup> En cursiva en el original.

*“(...) y les enviamos mensajes a las estrellas más lejanas para que nos revelaran los misterios de los juegos de los niños en los confines del universo y nos descifrarán las tablas de multiplicar en las galaxias más lejanas (...). Nos pusimos trascendentes y apuntamos lo que nos parecían los problemas más graves y serios de nuestro planeta: el hambre, la guerra, los terremotos, ¿la libertad también, abuelo?...”* (pp. 87-88).

Como en las otras estaciones, también en el invierno hay nubes asociadas a anécdotas infantiles; por ejemplo, las *nubes-globo* (“esas nubes que hinchaba el sol cuando se ocultaba tras ellas” p.95) fijadas en la memoria junto con la equivocación de los tres amigos monaguillos que, en lugar de tocar a entierro, tocaron las campanas de gloria o la *nube-fantasma*, que sirve como recurso para ambientar el miedo de los niños ante la supuesta aparición de un fantasma con su forma de “negro manto que engullía a la luna y daba profundidad a la oscura noche” (p.99).

Las dos nubes con que se cierra la evocación de los inviernos infantiles tienen un significado más profundo: las *nubes-piara* son bautizadas así por el narrador adulto ya que su forma las asemeja a un cerdo: “demasiado redondas, patiocortas y poco velludas para ser ovejas (...)” (p.103) y constituyen el medio para dejar constancia del primer indicio de vejez en el abuelo a los ojos del niño: le falla el oído izquierdo. La *nube-maga* (una de esas nubes “tibias, densas, plomizas, [y que] llevaban en sus angarillas y jorobas agua, nieve y regalos, como los camellos de los Reyes Magos”<sup>8</sup> p.105) es la elegida para dar forma al recuerdo de la primera desilusión: el niño descubre su regalo de Reyes en el armario del abuelo, pero no se lo dice; el diálogo se completa en la escritura adulta que confronta el mundo de la ilusión creado por el amor con el mundo real:

---

<sup>8</sup> El agregado es mío.

*“Y seguiste descabezando sueños, reposando y validando las cosas pequeñas y menudas con que me habrías de sorprender en el momento más inesperado, mientras yo, más sereno, confirmaba y recomponía la realidad recién descubierta” (p.107).*

#### PRIMAVERA

*“¿En la primavera hay nubes?*

*Deja que piense. A veces sí, a veces no.*

*¿Y a qué saben?*

*A lo que sabe la primavera: a escuela y natilla, a domingo de ramos y pimienta picante, a confeti y comezón”<sup>9</sup> (p.111).*

Con los últimos días de clase, llega –en una primavera detenida en el tiempo de la evocación– la lectura del *Quijote*. El recuerdo de la fascinación del niño por la aventura de los molinos de viento se condensa en la *nube- molino*, nombre que en la ficción le asigna el niño solo, sin la complicidad supuesta del abuelo; la llama *nube- molino* porque en su imaginación se confunde con la imagen del caballero andante: “(...) se me antojaba que en el cielo se veían unas nubes apenas perceptibles, deshilachadas, fantasmas estilizados de imágenes larguiruchas (...)” (p.114). Este caso único es el medio elegido para introducir una de las tantas veces en que el abuelo debió enseñarle al nieto el alcance de la recta conciencia cuando, inquieta su alma niña, confundió mentira con fantasía:

---

<sup>9</sup> En cursiva en el original.

*“–Es que eso no son mentiras, pequeño.*

*Y (...) pusiste orden en mis cosas y mis fantasmas y me devolviste al mundo que por un momento creí irreal, imposible e inaguantable. Me diste levedad y me devolviste altura; y es que, abuelo, aun cuando hablábamos de mentirijillas teníamos la talla de los gigantes” (pp.115–116).*

Con la *nube-Jacinta* (“(...) como la bauticé porque se parecía a la tía Jacinta que siempre se ponía en medio (...) y no me dejaba ver nada” p.118) aparece una faceta del mundo hasta entonces desconocida: la atracción por una compañera de juegos, atracción que el abuelo intuye en el nerviosismo con que el nieto le habla de las nubes. Desde la mirada que se retrotrae en el tiempo, el narrador adulto llena aquel primer silencio:

*“Tú me comprendías, abuelo, a pesar de que te callabas y te ocultaba muchas cosas. Entre las chiquillas que nos encontramos en la ermita, abuelo, me encontré un sueño, descubrí unos ojos, me adentré en el misterio y viví la magia. Si lo hubieras sabido, abuelo, hubieras comprendido mi silencio, ¿o te enteraste?” (p.119).*

El recuerdo de aventuras de primavera toma ahora la forma de la *nube-champiñón*, descubierta un día de caza (“Y le pusimos ese nombre porque (...) en su alrededor siempre aparecía alguna nube hijuela, pequeñuela, y luego otra y otra más” p.121); o aparece asociado a la *nube-Santa María* que, con la descarga de una tormenta en la sierra – adonde han ido los niños de excursión–, termina siendo la responsable de una catastrófica caída de las bicicletas y el pretexto para uno de los últimos diálogos imaginarios entre el niño y el abuelo:

*“-Abuelo, créetelo, ha sido una nube (...)*

*-Te tengo dicho que no te bajes de las nubes en marcha y menos llevando una bicicleta.*

*Y mientras sonreías y serenabas a la abuela, de tus ojos azules-azules salían destellos iluminadores de misterios y escudriñadores de los túneles profundos de la tristeza, y añadías:*

*-¿Aprenderás, marinero?”* (pp.128-129).

La última nube de la primavera (que debió ser la *nube-despedida*) es una nube no inventada porque el niño -que abandonó el pueblo camino de la ciudad para seguir sus estudios-, dice el narrador, olvidó las nubes en un olvido que marca el fin de la infancia. La escritura textualiza, en el diálogo ficcional con el abuelo, el cierre de una etapa vital:

*“Abuelo, tú no sé si te diste cuenta, pero a los dos se nos olvidaron las viejas historias, cerramos un cartapacio de nuestras vidas y no volvimos a hablar de aquellas hermosas nubes que un día nos llenaron la cabeza de sonos y taparon los agujeros de nuestra realidad”* (p.132).

Como no podía ser de otro modo, la *nube-despedida* (que quedó olvidada en el comienzo de la adolescencia) reclama una *nube-retorno*. Descubrirla es tarea del lector al que el narrador implica explícitamente en su emoción:

*“Lector, cuando estés ausente de tus cosas, ido, abandonado o perdido de tu historia, pregúntale al viento, a la acacia, a la despistada mariposa o a la machacona cigarra si han visto a la nube-retorno. A lo mejor tú, en otro tiempo y con otra edad, alma gemela, te la encuentras. Entonces, si te parece, ya tendremos una nube más”* (p.132).

### ***Belén inacabado***

Fue San Francisco de Asís quien inventó la representación del Belén. Y Belén no es lo mismo que pesebre. Armar el Belén significa sumar figuras y figuras alrededor del pesebre donde están el Niño Jesús, María y José. Tradicionalmente, los Belenes suman a las figuras del pesebre las de los pastores, los ángeles, los Reyes Magos o los animales.

Pero el *Belén inacabado* de Jesús Escanero es un Belén muy original. Precedido de un Plano-guía para lectores –en el que, a través de preguntas y respuestas, va mostrando lo que permanece y lo que cambia cada año en cada Belén (o lo que es lo mismo, en la tela móvil del tiempo) incorpora, transformándolos de diversas maneras, figuras-personas o tipos representativos de un grupo social a los que conoció en su infancia y en su vida adulta. A las primeras –recobradas con la mirada del niño y construidas desde la inocencia de la primera edad confrontada con la experiencia de la madurez– las encomienda a la protección del Niño Jesús, entablando con ellas un diálogo que une la tierra con el cielo. Pero también incorpora a su Belén imaginario –y ahora solo con la perspectiva del adulto– las figuras negativas que la vida le fue mostrando para ofrecerlas a la mirada amorosa del Redentor.

Unas y otras figuras –dice el narrador-protagonista, en una nueva forma de juego que es un guiño para el lector– están guardadas en cajas; las dos primeras pertenecen al tiempo del niño; la tercera, al del adulto. Todas ellas se abren a través de un diálogo imaginario con el lector.

La primera Caja guarda las figuras más entrañables para el narrador, que se autodenomina “arqueólogo de la

infancia”<sup>10</sup>. Sobre las figuras que supuestamente contiene dice lo siguiente:

*“(...) Tienen el aroma rancio del tiempo ido  
y el hollín de tanto invierno frío  
desfigura sus vanos e incluso, es posible,  
que no tengan más valor  
que el de la sorpresa ingenua o tierna de su revelación  
o, quizá, el de tibio despertador de otros,  
tus recuerdos” (p.15).*

Indudablemente, en este libro (como en el anterior) el autor va a llevarnos por el camino de la emoción compartida, del lirismo de quien diciéndose está diciéndonos a todos y a cada uno de los lectores que, tomados de su mano, vamos recuperando la historia personal.

Las figuras de la primera caja son presentadas a modo de estampas; nombradas por su oficio, por un epíteto o por su nombre y relacionadas siempre con las experiencias del niño, cada una logra la justificación de su lugar en el pesebre-pueblo del Belén personal. En todos los casos, el narrador dialoga con las figuras y lo hace desde el umbral que separa al yo evocador, instalado en la vida de los personajes evocados que ya han muerto y a los que siempre se dirige diciéndoles: “Allí, donde estés...”.

En la primera caja están la vendedora de dulces, el abuelo, los zangolotinos (los niños), los saludadores, la cometa, la farolilla, el panadero, el carpintero, el peluquero, los vareadores (que recogen las olivas), los matarifes, el hombre del saco (nuestro viejo de la bolsa), el buhonero, los húngaros y el perro.

Una de las estampas más conmovedoras de esta primera caja es la de la vendedora de dulces a la que (con

---

<sup>10</sup> Escanero, Jesús F. (1998). *Belén inacabado*. Zaragoza: Egido Editorial, 1998, p. 15. En adelante, citaré por esta edición.

un nombre ficticio) el narrador apela con el cariño acrisolado por la nostalgia: “Vieja tía María, fuiste en los mares de mi infancia el faro firme de las tardes de domingo y días de fiesta y hoy me traes el regusto de las esencias todas de lo inefable” (p.18).

Desde la mirada amorosa que se pierde en el tiempo, justifica ante el lector ficticio también el lugar que le ha asignado en su Belén:

*“En mi belén, amigo compartidor de mis secretos, a esta figura la tengo puesta en la Plaza Mayor de mi pueblo, en el rincón más cálido, al resguardo de los vientos, guardando las golosinas de ensueño que te canto. Ponla tú en el mismo sitio, en tu mismo pueblo, en tu adormecido belén” (p.19).*

Como no podía ser de otro modo, hay en este Belén un lugar preferencial para el abuelo:

*“-Pónmelo ahí, con su gayata y su boina, en la encrucijada de caminos que llevan al portal y vienen del corazón adentro, aduanero de sentimientos, escudriñador de profundidades, psicólogo del trastiempo” (p.21).*

El creyente sincero aparece, por ejemplo, en el propósito que cierra la estampa titulada “Los vareadores” cuando, dirigiéndose al Niño Jesús, le dice:

*“Voy a poner olivares en los cuetos y alcores y en las laderas bajas de los montes, escalando alturas y comiendo quebradas, que necesitaré ramas, muchas ramas verdes, para aclamarte, en todo tiempo, mientras vivas en el necesitado y habites la miseria; y quiero aceite, mucha aceite virgen, para ponerla en las heridas que te causaré en*

*el alma cuando te niegue y te dé la espalda setenta veces siete” (p.40).*

También el hombre del saco tiene su lugar en el Belén donde lo pondrá para despertar la conciencia frente al pobre y vagabundo: “Te dejaré ahí en medio, carne de crucifixión, alma de la necesidad, donde más moleste tu presencia, para que no se te olvide fácilmente” (p.44).

Las figuras de la Segunda Caja son más impersonales y, por eso, dice el narrador: “(...) *tienen rasgos inconcretos, indefinidos, con gestos intercambiables, de pueblo y de ciudad y caras que pueden ser multitudes*”<sup>11</sup> (p.55). Allí están la castañera, la desahuciada, el tranviario, el negro que vende relojes y corbatas..., el de la cla(que), el cafetero, el mimo, el vendedor de patos y palomas, el ciego vendedor de lotería, el librero, el músico del violín, los viejos, la sala de billares, un reloj y una hora: las ocho menos cuarto y el tugurio del baile.

De todos ellos, elijo solo algunos pasajes significativos:

- 1) el diálogo de trasmundos con la castañera (ubicada en el Belén al lado de la vendedora de dulces de la infancia):

*“¿En qué nube duermes y calientas tus castañas? Hoy, que voy camino del cansancio y aplicado sangrías al mundo, pellízcame el alma que la tengo fría y recétame dos castañas para los días de tristeza” (p.58).*

- 2) la necesidad de recuperar el sentimiento en un mundo deshumanizado, presente en el diálogo imaginario con aquella viejecita candorosa que una mañana le anunció que iba a morir:

---

<sup>11</sup> En cursiva en el original.

*“María, ¿vendrás de tarde en tarde, en mi soledad, a llenar mi habitación con el espliego y la albahaca de los campos del cielo que me traerás escondidos en tus haldas? (...)*

*María, cuando juegue con mi belén, hilvanadora de vívidos encajes, cerraré muchas veces los ojos para que hablemos de sentimientos y quemazones, que la gente de ahora ha perdido esos caminos y olvidado esas palabras.*

*Te pongo, vecina del portal, porque el Niño, en cuanto empiece a hablar, estoy seguro que quiere contagiarse” (p.62).*

3) la importancia del arte en la vida humana, visible en el lugar asignado al librero en el Belén:

*“Guardián de ilusiones, ganador de letras, te voy a poner en un bajo de la calle peatonal de mi pueblo (...) con un escaparate (...) para que se atonten mirando libros (...) y Él, cuando os descubra, os unguirá y señalará con el dedo porque os necesita, sembradores de bienestar, ya que tenéis la magia insondable de hacer realidad lo inconcreto de los deseos” (p.88).*

La tercera y última Caja se abre ante el lector precedida de la siguiente aclaración:

*“Como el resto de figuras, las aquí presentadas,  
no pretenden ser el arquetipo de nadie,  
ni prototípicas de nada (...)  
Son figuras reales como la vida misma (...)  
y tienen miembros partidos  
y algún que otro restregonazo  
que se le ha llevado una parte de su escayola.  
Y como en la vida misma  
se lo tapan como pueden  
mirando al poniente o al oriente,  
al norte o al sur,  
o más simplemente,*

*con una pincelada de camuflaje que hace juego con el contorno*<sup>12</sup>  
(p.103).

Las figuras de esta Caja son casi todas negativas desde un punto de vista moral; también hay algunas que ejemplifican la injusticia de la marginación. Ellas son: el marica, la pilindonga (o mujer de mala vida), el desaparecido, el portero de un pub de varietés, el vendedor de papelinas y “el colgao” (es decir, el traficante de drogas), los incumplidores (escribas y fariseos de la Modernidad), el fantoche (o pedante), los pelotas (o aduladores), el limpia del cristal parabrisas, el chuleador, los nuevos crucificados (o los mendigos que fingen discapacidades), el coro de los grillos que cantan a la luna (o los calumniadores), los corruptos, los cazapuestos.

Sin embargo –y a pesar de su declarada incapacidad para lograr la empatía– el narrador los incluye en su Belén porque también ellos son dignos de la Redención:

*Porque sé, mi Niño, que son precisos nuevos caminos y nuevas aproximaciones, que nunca tiendo ni ensayo (...). Buscaré un paisaje, de los que tiene cada ciudad, mirando a la reflexión, de espaldas al Gólgota (...) y allí (...) os pondré, porque en el fondo confío y quiero que alguien os restañe la circuetería de vuestros cables”* (p.122).

Con lugar para colocar siempre una última figura – que pueden ser muchas más y en las que podemos estar representados cada uno de nosotros –termina (sin terminar) este aleccionador *Belén inacabado*. En su decurso hemos ido dejando atrás la nostalgia de los tiempos ya idos, de la infancia iluminada por la aureola del paraíso

---

<sup>12</sup> En cursiva y con esta disposición tipográfica en el original.

perdido para enfrentarnos con el presente de un mundo que reclama un nuevo Belén.

Este mundo desgarrado, marcado por la indiferencia y el individualismo, necesitado de redención y de reacción frente a la cómoda conformidad del fariseo, es el que construyen –con una voz muy semejante a la Tercera Caja del “Belén”– los *Cuasi-poemas; Para-ellos*, concebidos desde un yo lírico inusitadamente moderno en el tono y en el discurso (hasta sin signos ortográficos) con que se formula la denuncia. A este lado oscuro de la realidad, podemos aproximarnos a través de la lectura del *Cuasi-poema de la buena enseñanza*, con el que termino este acercamiento a la obra de un humanista que ama profundamente la vida precisamente porque también le duele profundamente la vida:

### *Cuasi-POEMA DE LA BUENA ENSEÑANZA*

*“¡Ay de vosotros, doctores de la Ley,  
que os habéis apoderado de la llave de la ciencia;  
y ni entráis vosotros ni dejáis entrar!”  
(Lucas 11, 52).*

*adelante  
gritales tu tambien a la cara mentira falsos  
hipocritas hasta quedarte vacio de palabras*

*adelante  
principe valiente con tus sueños y castillos de  
ilusiones de triunfos de grandezas de cronistas de  
fotógrafos*

*adelante  
muestra tu rebeldia sin tiempo contra su  
endiablada hipocresia tu coraje sin limites contra  
su nepotismo tu voz desgarrada y ronca contra su  
chanchulleria*

*denuncia no dobles el dedo acusa ataca a los  
molinos*

*ahora  
eso si ten presente que si asi lo haces  
si asi lo haces  
vas a estar mas solo que la una  
y a recibir mas palos que una estera*